

EL
PROCESO
DE PAZ,

Una

Fernando Soto Aparicio • Asesor Universidad Militar "Nueva Granada"



Entelequia



El profesor Aldemar Blanco,

uno de los personajes de mi novela "Quinto Mandamiento", dice que el proceso de paz es una entelequia. Es decir, algo que puede ser hermoso, pero que resulta completamente alejado de la realidad. También Peregrino Cadena, el protagonista de mi novela "La última guerra" (las dos han empezado a caminar por el mundo en este mes de julio), dice que a todos los que hablan de paz acaba matándolos la guerra.

¿Qué puedo opinar sobre el proceso de paz, para esta Revista de las Fuerzas Armadas?, no soy un estratega, ni un violentólogo, ni un político. Frente a este tema soy sólo un ciudadano del montón, uno de los cuarenta millones de colombianos que no mira los toros desde la barrera porque está metido de lleno en la corrida; una persona sin capacidad decisoria que, no obstante, tiene capacidad analítica, sufre, teme y espera.

Para un ciudadano común y corriente, hay algunas cosas claras. Primera: para que exista la paz, es preciso tener voluntad de paz. Segunda: la paz es todo lo contrario a la guerra. Tercera: la una excluye a la otra.

¿Hay voluntad de paz en este momento y en este país?, yo contestaría negativamente. La guerrilla, ¿ha dado muestras de que realmente quiera la paz?, claro que no. Al menos que se tomen como explícitas manifestaciones de paz los secuestros a hombres, mujeres, ancianos, niños, militares y civiles; al menos que se considere como voluntad de concordia penetrar a pueblos indefensos y destruirlos con esa arma asesina y terrible que es una bombona de gas adornada con un collar de dinamita. ¿Quién le va a creer a la guerrilla su vocación pacifista, cuando todos los días, en la radio, la televisión y los periódicos aparecen noticias de asesinatos masivos, de los atentados contra los oleoductos, que tendrían qué haber desatado una protesta mundial porque lo que se está destruyendo es la tierra?, ¿o de la voladura de las torres de energía que deja a oscuras a medio país y que dificulta la creación de nuevos empleos en industrias domésticas?, ¿o los retenes mal llamados pescas milagrosas, donde se secuestra de manera despiadada a familias enteras, que luego tienen que hipotecar su vivienda, acudir a esas casas de usura que se llaman bancos, o vender el carrito en que se transportaban para el trabajo, con el fin de aumentar las cuentas mi-

llonarias de un movimiento que hace tiempos le dio la espalda al pueblo?, ¿o que se meten a una iglesia donde la gente lleva sus fardos de frustración y de angustia para pedirle a Dios que se los ayude a cargar, y son arreados en camiones como ovejas al matadero, y permanecen en cambuches semanas y meses y aún años?, ¿o que se suben a un avión y se lo llevan a pistas clandestinas y a cuyos ocupantes los obligan a perder un año de su vida haciendo nada?

Un ciudadano del común se pregunta: ¿estos son hechos de paz? Y si se piensa en otra de las múltiples caras de estos dados cargados con que la violencia juega en Colombia, y reflexionamos acerca de los paramilitares, ¿son señales de tolerancia entrar a los pueblos o corregimientos lista en mano, y matar diez, veinte o más personas

país haya perdido todos sus interlocutores. Con esa absurda filosofía, los diálogos de paz se podrán hacer sólo entre muertos.

¿Y cómo se puede "hablar de paz en medio del conflicto"? Ese término, y el de "humanizar la guerra" me parecen una burla; es como decir que en una familia desunida, un hermano puede matar a otro sin que nadie se sienta autorizado para acusarlo; y que se le puede dar un abrazo al contendiente antes de asesinarlo. La paz excluye la guerra. Existe la una, o existe la otra. Las dos no pueden convivir en una misma casa.

Y en medio de todo, la danza de los millones producidos por los cultivos ilícitos. Primero fue la marihuana, que tuvo su auge hasta que empezaron a sembrarla y cultivarla en los Estados Unidos, el consumidor por excelencia;

Nosotros,

los que pagamos los impuestos, los que amamos a Colombia, los que la consideramos nuestra casa grande, nuestra madre, los que la sentimos como una verdadera patria, asistimos, indefensos, amedrentados, impotentes, a un proceso de paz que hasta el momento no ha podido dar el primer paso.

civiles, desarmadas, indefensas y miedosas, acusándolas de colaborar con la guerrilla?, ¿o asesinar en las calles de las ciudades a quienes predicán la convivencia?

Y a todo esto, se añaden las violaciones a los Derechos Humanos, de que la totalidad de las organizaciones internacionales acusan a la Fuerza Pública del país: territorios bombardeados, donde caen personas ajenas al conflicto; sembrados que se fumigan y que dejan extensos baldíos donde ya nunca volverá a crecer un árbol; desapariciones que son mil veces más dolorosas que los asesinatos; torturas, abusos de autoridad, allanamientos, atropellos.

¿Quién tiene voluntad de paz? Si la paz es lo contrario a la guerra, ¿cómo es que para hablar de una, se tiene que seguir haciendo la otra? Uno no entiende que la guerrilla deba arrasarse para llegar más fuerte a la mesa del diálogo; no comprende cómo se dice que el paramilitarismo, para abordar en igualdad de condiciones, tiene que masacrar decenas de personas; cómo el Estado, para los mismos fines, debe arrasarse combatientes y cultivos. A este paso, sólo se podrán iniciar los diálogos cuando el

luego la coca, después la amapola. Las fortunas que eso produce, y que ya no están enterradas en canecas repletas de dólares o de lingotes de oro, han corrompido la sociedad de estos países productores de droga. Porque ese es otro flagelo, y otro de los obstáculos para que exista la paz: la deshonestidad absoluta del Estado.

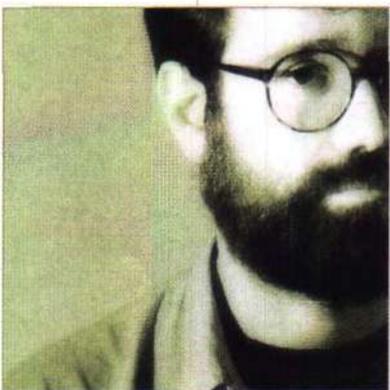
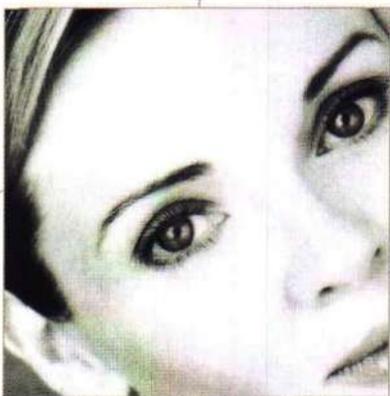
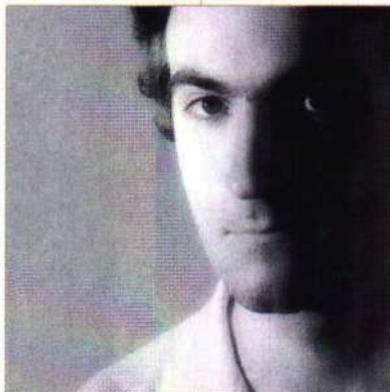
En mis tiempos de niño, mi abuelo materno era notario; y recuerdo que jamás se perdía una estampilla de medio centavo; los dineros públicos eran totalmente sagrados. En esa misma época, mi abuelo paterno era empleado del poder judicial: nunca se quedaba un delito impune, porque existía la justicia. Ahora, de mil homicidios no se esclarece uno solo, y se logra quizá saber el nombre de los muertos pero nunca el de quienes los mataron. El país se corrompió por completo. El Senado, que fue lugar de patricios y de prohombres, se fue convirtiendo en un nido de trapisondistas que habrían hecho enrojecer a Alí Babá y sus cuarenta ladrones. El manejo de la banca, del dinero de los ahorradores, de lo que los colombianos pagamos en impuestos, se evaporó de la noche a la



nosotros

nosotros

Para que existieran unos diálogos de paz productivos, positivos, reales, esperanzadores, se necesitarían algunas cosas que



mañana; y por esos delitos, por esos miles de millones que desaparecieron, no hay un solo preso. Y de toda esa enorme fortuna que nos dejó en la ruina, la justicia no ha podido recuperar veinte centavos.

En esas condiciones; frente a las inconsistencias de los grupos llamados guerrilleros; ante la saña de los llamados paramilitares; cerca de las injusticias y atropellos de la llamada Fuerza Pública; colocados bajo el mando de un Estado que se desmorona por la corrupción galopante; y lo peor, situados dentro de los límites de un desgobierno absoluto, ¿cómo podemos esperar la paz?

Para que existieran unos diálogos de paz productivos, positivos, reales, esperanzadores, se necesitarían algunas cosas (piensa el ciudadano común y corriente):

- Que la guerrilla (o las guerrillas, porque para peor de males Colombia tiene varias) mostraran una voluntad de paz real, creíble, abandonando la monstruosa industria del secuestro.
- Que la guerrilla nos convenciera de sus rectas intenciones suspendiendo la destrucción de los pueblos, en los cuales asesinan a los policías, masacran la población civil y secuestran, arrasan y roban los almacenes y los bancos.
- Que la guerrilla dejara de destruir al país volándole los oleoductos, las torres de energía, las carreteras y los puentes, porque tal parece que lo que quieren es dejar a su paso un desierto, donde levantarán unos cambuches para que los futuros gobernados por ella no tengan pan ni patria.
- Que el paramilitarismo no se ensañe con la población civil, con las personas que critican sus actuaciones, con quienes cuestionan su autoridad, y no se cierren las puertas nacionales e internacionales con el ejercicio del terrorismo.

piensa el ciudadano común y corriente

- Que las fuerzas públicas no caigan en los mismos defectos de los otros implicados en el conflicto, atropellando los más elementales Derechos Humanos, propiciando las actuaciones de las autodefensas y llegando a las hogueras de la violencia cuando ya los pueblos han sido destruidos y sus moradores asesinados.

- Que el gobierno haga un plan limpieza, pero en serio, no con discursos y bendiciones sino con mano firme y con determinación y coraje, para que por entre sus manos inútiles no se sigan yendo al vacío los dineros con los que podría salvar entre otras cosas los hospitales y las escuelas.

Mientras estos puntos no se cumplan, ¿quién puede creer en la posibilidad de la paz?

Y que todos se pregunten: ¿matando periodistas se acaba la información?, ¿matando humoristas se acaba la risa?, ¿matando patriotas se acaba la patria? y ¿matando artistas se acaba el arte?

También el Estado debe pensar a dónde lo conducen las llamadas zonas de despeje, en las que no se permite una veeduría nacional ni mucho menos internacional. ¿No son esas zonas países dentro de un país? Al actual presidente de la república le puede pasar lo que al señor Marroquín, que cuando le reclamaron por haber entregado a Panamá, dijo: "no se quejen, me dieron un país y les devuelvo dos". Ojalá al finalizar este cuatrienio, el presidente

Pastrana no diga algo parecido: "no se quejen, me dieron un país y les devuelvo tres: Caguán, Cantagallo y Colombia".

Causa una enorme tristeza que se pierda el tiempo, que se gaste el dinero, que se deteriore la esperanza, que se pisoteen los sueños de cuarenta millones de colombianos que miramos, con el asombro y la amargura de la indefensión, cómo respecto a la paz no vamos a ninguna parte. El negocio de la guerra sigue, y el milagro de un mañana de convivencia y de fraternidad es cada día más difícil y está cada día más lejos. Porque no hay voluntad, porque cada uno de los actores del conflicto está jugando un poker sangriento con un as en la manga, porque no han hablado con la verdad ni entre ellos mismos ni de cara al pueblo.

Nosotros, los que pagamos los impuestos, los que amamos a Colombia, los que la consideramos nuestra casa grande, nuestra madre, los que la sentimos como una verdadera patria, asistimos, indefensos, amedrentados, impotentes, a un proceso de paz que hasta el momento no ha podido dar el primer paso. Y desde nuestro sitio de simples espectadores, sabemos que todos los jugadores están haciendo trampa. Es una lástima. ¡Con lo hermosa y plenificante que sería la paz! Y está ahí, sólo que nadie se ocupa de ella, porque el ruido de los disparos no permite escuchar el sonido de las palabras.